

“ya una gloria! Pobres víctimas, que solamente obraís según el agrado de ese tigre brotado del infierno para desgracia de la pobre Francia, jamás tendréis fuerza bastante para tirar coces contra esa tiránica voluntad, gritando de común acuerdo: ¡Viva la libertad! Esa libertad tan envidiada por nosotros los franceses, ¿quién os brindará con ella en condiciones mejores que la República Mexicana? ¡Creed á la experiencia de uno de vuestros antiguos compañeros en la esclavitud y que ahora se llama verdaderamente libre! Ya oigo que todos me diréis: esclavos somos de la disciplina y, además, tenemos que vengar un revés. Creedme, no hagáis cuenta de vuestras pasadas glorias; *temed más bien caer de Caribdis en Scila* (sic.)

“También me diréis: somos franceses, y hemos jurado fidelidad á nuestra bandera. ¡Soldados! donde hay perjurio no hay Francia. Señaladme en los anales un acto de opresión tan tiránico, y entonces me rendiré á vuestros razonamientos; pero no, vosotros sabéis lo mismo que yo que aquel no existe. ¿Quién, pues, os detiene en ese *mal camino*? Un ridículo amor propio, diré á otros, el fanatismo; pero me parece que á todo esclavo le es permitido romper sus cadenas.

“¿Sufriréis que por más tiempo estéis reducidos á tener hambre, teniendo ante vosotros la tierra prometida? Creedme, franceses en general, *zuavos en particular* abandonad esa vil causa y colocaos bajo los auspicios de una tierra hospitalaria que, lejos de rechazaros, os tiende los brazos. Yo sé bien que acariciáis una esperanza mentida cuando se os pinta este país como árido é ingrato; quimeras nada más, porque aquella Francia tan bella que amáis vosotros y por la cual prodigáis vuestra sangre, esa noble Francia, repito, no es ni un reflejo de esta República. ¿Es quizá la ambición quien os guía? Aquí encontraréis el oro virgen. ¿Es la gloria? Entonces, creedme, no la adquiriréis persistiendo en la empresa que se os ha impuesto. Venid, anchuroso espacio hay en esta República para recibir á todos los que quieran sacudir el yugo, y cuantos más sean estos, mejor. Creerán muchos verse obligados á tomar las armas; tranquilizaos, aquí bien se comprende que los hombres de corazón y honrados no pueden, sin mancharse, hacer armas contra sus compatriotas.

“¡Soldados! sin esperar más ¡maldición al tirano! ¡maldición al espoliador de todo derecho, y, sin temor alguno colocaos bajo la égida de la nación mexicana, es decir, de la *libertad*.”

Hacemos gracia al lector del nombre ilustre del escritor que compuso ese galimatías, del cual el gobierno de Puebla quiso servirse sin avergonzarse. En su segunda proclama, mucho más corta que la precedente, se expresa así:

“Queridos camaradas, cada día se os repite que la República Mexicana es muy triste; que es un *país de bárbaros, semisalvajes é inciviles*; no creais esos embustes, todo eso es falso. Nuestra República, y digo nuestra porque soy republicano, es el único país donde reina la libertad, la fraternidad, la alegría y la felicidad. Amigos, apartad de vuestros ojos esa venda y venid á arrojaros en los brazos de estos hombres que os recibirán como hermanos. Fecha en México, á 7 de Marzo de 1863.

Por último, en la barranca de Amalucan, encontróse centenares impresos de un escrito no menos curioso.

“Soldados franceses! habéis venido á hacer la guerra á un pueblo amigo, á hombres que siempre han visto á los franceses como á hermanos. Habéis venido á combatir á un pueblo que durante cuarenta años ha luchado por su libertad é independencia y que está pronto á fraternizar con todos los hombres que la desean. Desde que esta nación sacudió el yugo de sus opresores, sus puertas están abiertas á todos los prospectos políticos, á todos los emigrados, á los trabajadores sobre todo, sea cual fuere su religión. Hermanos, en lugar de fusiles, traed los instrumentos del trabajo, la inteligencia, las luces, y los mexicanos que tienen bravura y abnegación para aguantar las fatigas de la guerra, y más que todo, una grande humanidad, os tenderán los brazos haciéndoos partícipes de las riquezas de su suelo hermoso. Después de su independencia, todos los franceses han sido los privilegiados. Si en los últimos tiempos ha habido algunos desgraciados entre ellos y algunos crímenes que lamentar, ¿á quién deben atribuirse crímenes tan abominables, si no es al tigre que abrigáis bajo vuestras banderas?

“Habéis dejado la patria y la familia, y por desgracia ma-

“chos, muchos de los vuestros dejarán aquí sus cenizas. ¿Y por qué? ¡Por reclamaciones infames de algunos viles agiotistas que ni siquiera son franceses, y para restaurar lo que habéis echado abajo en vuestra inmortal revolución del 89!

“La misión del ejército francés es la de volar á los pueblos oprimidos en su socorro. Tan bella misión, la habéis cumplido en Crimea y en Italia, donde habéis recogido inmortales laureles. ¿Y qué dirá la Francia? ¿Qué dirá más tarde? ¿Qué dirá el mundo entero de vuestra campaña en México? Se dirá que vinistéis á dar muerte á la libertad, que vinisteis á asesinar á amigos vuestros. Hermanos, dejad esa lucha fratricida. Soldados son de la independencia los que os dirigen estas frases para ilustraros; soldados que están prontos á derramar su sangre por su patria, pero cuanto les sería más grato (tiene gracia la palabra) el contribuir por la persuasión á establecer la paz entre unos y otros estrechándoos la mano fraternalmente más bien que darnos unos á otros la muerte.

“Así pues, hermanos carísimos, envainad los sables y las bayonetas, sin volverlos á esgrimir sino con justa y verdadera causa. Queridos amigos míos, terminaré encargándoos que, sobre cuanto acabo de exponeros, hagáis las reflexiones más convenientes.”

Desdichadísimo lenguaje que unos miserables demagogos han querido emplear con los valientes de nuestro ejército, quienes vieron estas bromas con el más profundo desdén.

X.

El Sitio de Puebla.

La descubierta de nuestra columna encontró en la villa de Amalucan algunos tiradores enemigos que fueron desalojados sin trabajo. Los cazadores de la brigada L'Hérillier salvaron á paso veloz las alturas de Amalucan, en tanto que nosotros cazábamos desde el camino á algunos ginetes enemigos, y nos instalamos desde luego sobre unas lomas del Tepozuchil, desde donde se divisa toda la ciudad de Puebla, produciendo desde aquel punto el efecto de una vasta ciudad en cuyo interior se eleva número considerable de cúpulas, que brillan con el sol, y de campanarios de todas dimensiones. Al Norte se hallan los

cerros de Loreto y Guadalupe, flotando encima de sus fortificaciones el pabellón nacional. Aquellas obras fueron objeto de modificaciones de importancia después del mes de Mayo de 1862.

El templo de Nuestra Señora de Guadalupe que se destacaba en el centro de la fortaleza de este nombre, fué enteramente arrasado por los mexicanos y sus torres demolidas con gran pesar de los poblanos, quienes profesaban particular afecto y veneración á aquel santuario. A más la fortaleza quedó unida á la de Loreto por un camino cubierto de cerca de mil metros de largo. Las defensas de Guadalupe fueron considerablemente aumentadas, estando construídas en una altura como á mil doscientos metros de la ciudad. El fuerte que domina al cerro tendrá como ciento diez metros de altura. Loreto conserva su iglesia, aunque destrozada.

Hé aquí como estaban dispuestos los trabajos de fortificación de la plaza y el lugar que cada uno de los cuerpos de ejército enemigo ocupaba en ella.

Lo más principal de los trabajos atribúyese al ingeniero Colombres, bajo la superior dirección del general José María González Mendoza, jefe de estado mayor del general Ortega.

Cuatro líneas de defensa rodeaban á Puebla en el orden siguiente: La primera de estas líneas, saliendo de la plaza, iba por el norte, comprendiendo los fuertes de Guadalupe y Loreto, y llamándose *cinco de Mayo*, en memoria del combate que tuvo allí lugar en 1862. Entre uno y otro fuerte, habían construido una flecha que unía las iglesias de San Antonio, San José y el Calvario, el fuerte Independencia y la capillita de Xonaca.

La segunda línea de defensa comprendía la parte al Este de la ciudad; el fuerte Zaragoza, construido al rededor del templo de Los Remedios; el fuerte de Teotimehuacan, llamado también de Ingenieros, abarcando las iglesias de Analco, la Cruz y S. Francisco, así como el rancho de la Rosa y todo el terreno comprendido entre el Río de San Francisco y el camino que conduce á Amozoc.

La tercera línea estaba situada al Sur, comprendiendo los fuertes Hidalgo (el Carmen), Morelos, vulgarmente conocido con el nombre de el Parral, con muchísimos edificios adyacen-

tes, en cuyo número se encontraban el templo de la Soledad, el molino del Carmen, el rancho de la Magdalena, los Gozos y el puesto avanzado en la iglesia de Santiago.

Por último, la cuarta línea, cubría toda la parte Oeste y comprendía los fuertes de Iturbide (Penitenciaría y S. Javier), la Reforma (Santa Anita), unidos por cortinas á los edificios que se encuentran en la misma línea, siendo estos edificios fortificados las iglesias de Guadalupe, parroquia de San Marcos, S. Idefonso, San Pablo y el Refugio.

La defensa interior era formidable: el primer frente partía de una barricada de la calle de Mesones, al Este de la plaza, hasta otra barricada muy fuerte construída en San Gerónimo; otras barricadas formaban el segundo frente de defensa interior, desde el colegio de San José de Gracia hasta la Concordia, con dirección al Sur. El tercer frente interior se extendía del parapeto instalado en la calle de la Siempreviva hasta la puerta falsa de los Gallos. El cuarto, al Noroeste, desde la plaza del Mercado hasta la puerta falsa de Santo Domingo, y finalmente, el quinto frente fortificado ocupaba las manzanas comprendidas entre la plazuela de San Luis y la calle de Santa Teresa, con dirección al Norte de la plaza.

La primera división de infantería mexicana enemiga estaba al mando de Felipe Berriozabal; contaba tres brigadas compuestas de nueve batallones venidos de Toluca, Oaxaca y Jalisco. Atribuíasele al general Berriozabal el mérito de haber hecho que su división fuese la mejor y la más bien organizada; esta división tenía en junto un efectivo de 2,820 hombres.

Miguel Negrete era el jefe de la segunda división de infantería compuesta de los batallones de rifles de la Reforma y de Querétaro, en la primera brigada; de los de Aguascalientes, S. Luis Potosí y Chiapas, formando la segunda brigada. Y por último, la tercera brigada de esta división la componían el 1o, 2o, y 4o. regimientos de Puebla. El efectivo de estas tres brigadas era de 3,500 hombres.

Estaba la tercera división á las órdenes del General Florencio Antillón, quien conducía los batallones de la Reforma de Guanajuato. Estos batallones estaban brillantemente equipados y uniformados con mayor lujo que los otros cuerpos. Dos

mil hombres componían el efectivo de la tercera división.

La cuarta división, mandada por el general Francisco Alatorre, se componía de los batallones de Zacatecas; una de sus brigadas estaba al mando de un refugiado italiano, de apellido Ghilardi, quien se suicidó en Puebla el día 17 de Mayo, día de la rendición de la plaza. Servía también en esta división un coronel alemán, llamado Carlos Gagern. El efectivo de la cuarta división era de 3,200 infantes.

Ignacio de la Llave mandaba la quinta división compuesta de los batallones de Tuxpan y rifles de Veracruz, y de los regimientos números 1 y 2 del Estado de Guerrero.—El efectivo 2,500 hombres.

Una brigada escogida, compuesta de los batallones números 1 y 2 de Oaxaca, de un efectivo total de mil hombres, completaba el arma de infantería cuyo efectivo total se elevaba á diez y seis mil hombres.

La caballería estaba al mando del general Antonio Alvarez y se componía de dos brigadas; los lanceros de Toluca, los lanceros de Zacatecas, los de Durango y las guerrillas de Antonio Carvajal y de Aureliano Rivera; el efectivo de esta caballería era de cerca de cuatro mil caballos.

La artillería contaba ocho brigadas de cuatro baterías cada una, formando en junto más de ciento noventa y dos piezas, sin contar la artillería de montaña.

Además, la víspera de cerrarse el sitio, llegó á la plaza un refuerzo de tres brigadas, lo que hizo subir el total de la fuerza sitiada dentro de la ciudad de Puebla á veinte mil hombres de infantería, cuatro mil de caballería y dos mil de artillería é ingenio.

Independientemente de las numerosas fortificaciones que dejamos especificadas, el general Mendoza, uno de los jefes más activos con que contaba el enemigo, hizo construir, al rededor de la Catedral, un reducto, bien artillado y circundado de fosos inundados.

El día 16 de Marzo á las nueve de la mañana, el fuerte de Guadalupe nos saludó con un cañonazo, anunciando á los habitantes de la ciudad que la vanguardia francesa se avistaba.

Después de mediodía llegó la división Bazaine y se instaló en los puntos que nosotros ocupábamos desde en la mañana.

El general Douay fué con su división á acampar á la hacienda de la Manzanilla y al Norte de Guadalupe, en un llano que está á cerca de dos mil metros de distancia. Desde este punto se practicarían reconocimientos para preparar el movimiento envolvente por el lado Nor-Oeste de la plaza, en tanto que el general Bazaine obraría por el Sud-Este.

El día 17 de Marzo por la mañana todas las tropas de ambas divisiones se pusieron en marcha para reconocer los pasos, causando estas maniobras gran inquietud al enemigo, que observaba aquellas evoluciones diversas, una al Norte y otra al Sur.

El reducido cuerpo de nuestro aliado, el general Márquez, llegó á medio día á la Manzanilla, precedido de una música ruidosa y de una numerosa banda de tambores. Sus hombres estaban bien provistos de útiles de guerra y parecían hallarse dispuestos á la cooperación que iban á prestarnos. Tenían un efectivo como de dos mil hombres, tanto de infantería como de caballería y cuatro piezas de campaña. Estos cañones eran del número de los que se habían tomado al enemigo en el cerro del Borrego.

Una gruesa división salió de los fuertes de Puebla, y formando en parada sobre las alturas, estuvo maniobrando una gran parte del día, después de lo cual volvió á entrar en la plaza.

El día 18, á las tres de la mañana, la división Douay, seguida de las tropas de Márquez, dejó sus campamentos de la Manzanilla, sin tambores ni cornetas; tratábase de dar un golpe rápido y atrevido para apoderarnos del cerro de San Juan, que domina por el lado Oeste á la ciudad. Esta maniobra envolvente, engañando al enemigo acerca de nuestros proyectos, debía facilitar la toma de aquella importante posición. El camino directo de la Manzanilla al cerro de San Juan pasaba muy cerca de la plaza, y aún cuando la marcha se hubiese efectuado de noche, no era probable conseguir que ese movimiento se ocultase al enemigo. Se apoyó al Norte por el rancho de Resurrección á donde conduce un camino de lo más difícil, consiguiendo tras de vigorosos esfuerzos y venciendo toda suerte de obstáculos, llegar al pueblo de San Aparicio en donde serias dificultades de terreno se presentaron: una barranca profunda

con pendientes de tal suerte escarpadas que sólo triplicando los tiros de mulas pudimos franquearla, tardando algunas horas en verificarlo. Dejéronse los carros para no perder el tiempo tan precioso de que se podía disponer para la ejecución de un proyecto tan atrevido. Nuestras tropas ayudaron á los ingenieros á hacer practicable el camino, y colocóse parte del convoy, resguardado por un batallón de infantería de marina, en San Aparicio.

Algunos forrajeros de la caballería enemiga nos observaban á distancia, replegándose á proporción que nuestra vanguardia de caballería ganaba terreno. Desde el caserío de San Aparicio se distinguía con claridad el cerro de San Juan, destacándose á 1,500 metros al Oeste de Puebla. Su cima aparecía llena de trincheras que coronaban un edificio asaz considerable. Creyóse notar algunos trabajos de fortificación en las laderas, y supúsose desde luego que esta posición tan ventajosa debía haber formado parte de las defensas exteriores de la plaza. No parecía posible que aquel punto estuviese sin rebosar de tropas y artillería.

Como á las diez de la mañana llegaron los primeros batallones de la brigada L'Herillier, con cuatro escuadrones de cazadores de Africa, á la gran Hacienda de Santa María, que los mexicanos acababan de evacuar. Decididamente el enemigo en ninguna parte nos esperaba, como no fuera tras de las trincheras de la ciudad. Sin disparar un solo tiro atravesamos por el pueblo de San Gerónimo, situado á 1,800 metros al Norte de Loreto, llegando hasta el pié del cerro. Tarde comprendió el enemigo su culpable olvido que nos ponía en las manos una posición fuerte, desde cuya altura podíamos bombardear la ciudad. Salieron á nuestro encuentro algunas tropas, pero después de un tiroteo muy vivo, hubieron de volverse á la plaza. Un oficial de la caballería aliada del general Márquez cayó muerto en un combate en tiradores que se travó con la caballería de Carvajal, al salir esta en columna por la garita de México. Pero en este momento ya el primer batallón de cazadores de á pié y el segundo regimiento de zuavos llegaban á la cima del cerro en donde sólidamente se instalaron, ocupan-

do inmediatamente el camino de México y cortando el hilo telegráfico que ponía en comunicación á Puebla con la capital.

El cerco, pues, era completo, y, sin contratiempo alguno en las maniobras hábilmente ejecutadas, hallábase instalado el ejército al derredor de Puebla de la manera siguiente:

La brigada L'Herillier ocupaba la ribera derecha del río Atoyac, cerca del puente de México, á un lado del cerro de San Juan y cabalgando la carretera de México. Las tropas de Márquez se hallaban instaladas á la izquierda de la brigada L'Herillier y tendidas sobre el camino que conduce á la garita del Pulque, cortando toda comunicación con el camino de Tlaxcala. La brigada Neigre ocupó la llanura al Norte de los cerros de Guadalupe y Loreto, desde la Hacienda de Santa María hasta el pueblo de S. Aparicio, en donde el batallón de infantería de marina se había parapetado. San Aparicio es un puerto de mucha importancia á causa de su situación en la embocadura de muchas cañadas que comunican con la ciudad. Delante de esta línea y en medio del llano, dos compañías levantaron un reducto alojándose allí para observar más de cerca al enemigo. A su izquierda y en dirección á la Manzanilla, se encontraba el general aliado Taboada mandando la Legión de honor, cuerpo reducido que se componía de trescientos oficiales antiguos sin empleo y que allí servían como soldados rascos. Este cuerpo servía como de lazo que unía nuestras dos divisiones. Su derecha comunicaba con S. Aparicio y su izquierda con el cerro de Amalucan en donde acampaba un batallón de la brigada Castagny. Otro batallón de la misma brigada ocupaba el cerro del Tepozuchil, con puestos avanzados en el llano; algunas compañías cabalgaban la carretera de Amozoc. Dos compañías estaban en el cerro de las Navajas.

Más al Sur de la plaza, sobre el camino de Teotimehuacán, los dos escuadrones del coronel de la Peña y de Mariano Triunfo. La brigada de Berthier ocupó todo el terreno comprendido entre el puente de Teotimehuacán hasta la ribera izquierda del río de Huexotitla, y de la ribera derecha del mismo río á la hacienda de la Noria y al puente de las Animas. Sobre la vertiente occidental del cerro de San Juan estaban acampados, en orden de batalla, el 18o. batallón de cazadores de á pié, el 1o. de zuavos, los fusileros marinos, el parque de artillería, el

tren, la administración, los húsares y el cuerpo de ingenieros de la segunda división. En la cima se encontraba el cuartel general del General Forey, con el 1er. batallón de cazadores de á pié como guardia de honor. La plaza se hallaba, pues, circunvalada por una línea de tropas á la verdad muy poco numerosas, pero instaladas de modo que recíprocamente podían en caso necesario protegerse. Con todo eso, si hubieran tenido que habérselas con un enemigo audaz, no se habrían extendido tanto; ocupábamos un perímetro de diez leguas, habiendo puntos que sólo estaban cubiertos por una compañía.

Desde lo alto del cerro disfrutábase del magnífico panorama de Puebla y de la campiña que la rodea. Con auxilio del anteojo se distinguían perfectamente los detalles de las fortificaciones exteriores, y aun eran visibles muchas de las barricadas y cortaduras practicadas en las calles que se prolongaban del Este al Oeste. Ya no era Puebla, como decía en su parte oficial el General en jefe, aquella ciudad abierta de 1862, sino una plaza fuerte, bien amurallada por una serie de fuertes separados entre sí, armada de una artillería poderosa y defendida por más de veinte mil hombres, sin contar con aquel sistema de defensa interior que iba á ofrecernos inmensas dificultades. Las calles, en efecto estaban formidablemente barreadas, las casas horadadas y llenas de troneras, los conventos y las iglesias unidos unos con otras por atrincheramientos y formando sendos reductos que sólo sucesivamente podrán ganarse. Más adelante verá el lector cómo solamente la desgracia nos pudo compeler á empeñarnos en esa guerra callejera, en la cual hombres sin talento y tropas menos que mediocres tuvieron en jaque por dos meses á nuestro ejército, destruyendo á nuestros más valientes soldados.

Es el cerro de San Juan una colina de cerca de sesenta metros de elevación; un inmenso convento, que sirvió de cuartel general francés, está construido en su cima. Desde la terraza de aquel convento se distingue, mejor que de cualquier otro punto, el interior de la ciudad de Puebla; de allí veíamos sus bellas y espaciosas calles cortándose en ángulos rectos con regularidad; las casas que no parecen tener más que un solo piso, son amplias y están agrupadas de modo que forman manzanas separadas, favoreciendo esta forma la interior defensa.